

EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO VI.



PASCUAL de GAYANGOS

MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON
AMARITA.

Estado actual de Italia.

„Libertas, quae sera tamen...”

VIRG.

La revolucion de Turin estaba muy indicada hace algunos meses. Los estados continentales del rey de Cerdeña, que fueron por muchos años parte del territorio frances, se habian acostumbrado ya á su régimen constitucional, que aunque imperfecto y oprimido por la fuerza militar, á lo menos establecia los principios de la igualdad, y permitia que circularan las doctrinas liberales, ya que no las pusiese en egecucion. En la restauracion de 1814 volvió el legítimo soberano á ocupar aquellos paises; pero sus habitantes eran ya muy diferentes de los piamonteses de 1795. Todas las preocupaciones del servilismo habian desaparecido: una nueva generacion se habia levantado, que por lo mismo que gemia bajo la usurpacion de Bonaparte y suspiraba por su legítimo soberano, habia aprendido entre las cadenas á calcular los

derechos de los pueblos y los de los reyes con la perseverancia que caracteriza las meditaciones de los italianos. Así los piamonteses, del mismo modo que los napolitanos, se indignaron al ver que la restauracion de sus antiguas dinastias les robaba hasta los beneficios que habian debido á la esclavitud.

Esta disposicion de los ánimos se manifestó mucho mas, luego que la revolución de Nápoles fundó el sistema representativo en el mediodia de la península; y debió llegar al último grado de exaltacion, desde que las pretensiones de la santa alianza amenazaron no solo la libertad, sino tambien la independencian de toda Italia. Entonces se vió á la municipalidad de Turin suplicarle al rey que diese *leyes mas conformes á las ideas del siglo y á las necesidades de los pueblos*: entonces se reconocieron en el monarca y en sus ministros algunas señales que anunciaban que la iniciativa del nuevo sistema constitucional procedería del mismo trono; pero la intriga, separando del rey al conde de S. Marsan, que suponian afecto á las ideas liberales, con el pretexto de enviarle de plenipotenciario á Leybach, obstruyó aquel camino

el mas inocente y seguro para establecer un gobierno liberal. Pero las falanges austriacas caminaban hácia el mediodia de Italia; todas las fuerzas de la aristocracia iban á caer sobre el valeroso pueblo de Nápoles; todos los estados de la península eran ya ó por su adhesion á la santa alianza, ó por su connivencia criminal, cómplices de la esclavitud de aquella hermosa porcion de Europa, y los piamonteses sabian que en la hipótesi de ser vencido Nápoles, no habria perdon para ellos; porque el despotismo que se jacta de ser como Dios, escudriña tambien lo mas secreto de los corazones. Hicieron, pues, resonar el grito de la libertad en las cavernas del Alpe, en el arranque del Apenino y en las riberas ligústicas: el mar tirreno y las montañas lo llevarán á Nápoles, y anunciarán á aquel pueblo magnánimo que la independendencia de Italia tiene ya para su defensa un ejército aguerrido, plazas muy fuertes, rios y montañas defensibles, y la numerosa y valiente poblacion que llena los valles del Doria, del Bórmida, del Tánaro y del nascente Pó, y la ribera de Génova, tan célebre aun en los siglos de la barbarie por su amor á la libertad. Dos millones de va-

lientes guerreros estan ya prontos á atacar los altares de la tiranía.

Este solo movimiento ha confederado á los piemonteses y napolitanos con un vínculo mas fuerte que todos los tratados; porque es el vínculo con que el peligro comun une á los pueblos amenazados. Este será el principio de la grande confederacion italiana, de que ya hemos hablado en este periódico, como del único medio que hay para sostener la independencia de Italia y el equilibrio europeo. Es evidente que si la victoria sigue, como esperamos, las banderas de la libertad, la Toscana, el Estado pontificio y las demas soberanías pequeñas de Italia, entrarán naturalmente en esta confederacion, aceptando el sistema constitucional por el cual suspiran todos los pueblos de la península, ya por que es la salvaguardia de las libertades públicas en cualquier pais, ya porque en las circunstancias en que se halla la Italia amenazada por el Austria, es la única garantía de la independencia comun de sus pueblos.

En efecto, mientras existan en aquel pais gobiernos absolutos, cada gobierno seguirá el impulso que las ideas ó rela-

ciones de parentesco de sus monarcas le comunique: cada estado tendrá su política particular, dirigida por las pasiones de su soberano, y variable según ellas. En esta situación de cosas será imposible la confederación; porque los príncipes medrosos no temerán menos la influencia de las naciones extranjeras, que las pretensiones de los dos grandes estados de Italia; y los príncipes ambiciosos no se contentarán con librarse de la prepotencia alemana, sino que además querrán sucederle en el señorío de la península. Estas pretensiones ambiciosas y la rivalidad, más acre entre los más vecinos, han impedido hasta ahora la verdadera unión de los italianos. Los más débiles, no fiándose en la buena fe de los más fuertes, han buscado un apoyo, ya en la Alemania, ya en la España, ya en la Francia; y la célebre política italiana, á cuya finura se han tributado más elogios de los que merece, no ha sido más que el arte de cometer grandes trayciones diplomáticas con muy pequeños resultados.

La generalización del sistema representativo corta de raíz todos los inconvenientes. Los reyes constitucionales no pueden hacer la guerra sin la voluntad de sus pue-

blos; y en el actual estado de la ilustracion, los pueblos no quieren derramar su sangre para subyugar á otros pueblos, sino para hacerlos libres, y preservarlos con su alianza de los peligros que amenaza siempre la insaciable ambicion de los déspotas. Si toda la Italia es constitucional, tan segura estará la independenciam del pequeño ducado de Luca, como la del reyno de las Dos Sicilias; porque ni el pueblo piamontes, ni el romano, ni el napolitano tienen interés en que el pueblo de Luca deje de ser una nacion independiente. La pretension de subyugar es propia de los gabinetes: la ambicion de los pueblos se limita á ser felices.

Es muy difícil calcular desde Madrid cuál será la influencia de la revolucion de Turin en las operaciones ulteriores del Austria. Nápoles puede contar con 80,000 hombres de linea, el reyno de Cerdeña con 60,000 valientes, aguerridos, acostumbrados á triunfar entre las falanges francesas, aunque por una causa muy diferente, de esos mismos austriacos que se creen ya señores de Italia. Es muy probable que les suceda lo que al perro descrito por Virgilio:

«*Similisque tenenti*

Increpuit malis, morsuque elusus inani est.»

En efecto, aunque supongamos en el Austria fuerzas mas que suficientes para vencer los dos egércitos ya mencionados, y aun si se quiere, los que pudiera armar toda la Italia conjurada contra el emperador, no habria superado aun sin ella mas pequeña parte de los obstáculos que se oponen á su proyecto. No hablemos de la posicion respectiva de Cerdeña y Nápoles, que colocadas la una en el septentrion y cercana á las posesiones austriacas, la otra en el mediodia y en el final de la Italia, no puede ser atacada la segunda, sin que se emplee contra la primera un numeroso egército de observacion, flanqueado por otro no menos numeroso para guardar las comunicaciones por la Toscana y los estados pontificios. No calculemos que una derrota en el Pó deja sin retirada ni recurso el egército austriaco que haya avanzado hacia Nápoles, y que una derrota en el mediodia multiplicará las fuerzas de los napolitanos. Prescindamos de las plazas fuertes, de los rios, de las montañas, tan favorables á la guerra defensiva. Nosotros concederemos, si se quiere, que los austriacos tendrán tropas para atender á todo, que marcharán de victoria en victoria: aun

no habrán hecho nada. La guerra que se les vá á hacer, es *nacional*; y la experiencia ha enseñado que los resultados de esta especie de guerras no se miden por el número de batallas campales. En una sola que pierdan los austriacos (y este caso ha de llegar por precision atendida la inconstancia de la suerte), perderán el fruto de sus victorias pasadas, y serán arrojados definitivamente de Italia. Entonces no esperen que los auxilie la Rusia, la cual, aunque ahora tan unida con el Austria, no sentirá mucho el ver debilitada una de las dos barreras que la separan de la Alemania; y entre los gabinetes absolutos las pérdidas del uno son verdaderas ganancias para el otro. Pues la Prusia, eterna rival del Austria; la Prusia que no puede tardar mucho en someterse al régimen constitucional, la Prusia que se proclamará entonces protectora de la libertad alemana, no puede tener grande empeño en que el gabinete de Viena sea omnipotente en Italia. No hacemos este pronóstico sin fundamentos. El ducado de Lavemburgo acaba de adoptar el gobierno representativo. El rey de Dinamarca, como príncipe del imperio, acaba de dar al ducado de Hols-

tein una constitucion. No pueden tardar en hacer lo mismo el Meklemburgo y la Sajonia. Si el rey de Prusia no da una constitucion á sus súbditos, tendrá que aceptarla de ellos.

Todas las probabilidades de la guerra de Italia son contra el Austria. Si el Austria se obstina en ella, se podrá asegurar que está entregada al espíritu de pasion y de error,

«De la chute des rois funeste avant-coureur.»

Permítasenos manifestar nuestra sincera alegría por la adquisición que ha hecho la libertad de tan valerosos defensores, y nuestra exultacion por haberse cumplido ya el pronóstico que no una sola vez hemos estampado en este periódico. Mas no se crea que el amor propio, aunque tan discupable en esta ocasion, es el que nos inspira semejante alegría. No nos falta prudencia para disimular las funciones del amor propio; pero habiendo sido muchas veces atacados de una manera cruel ni-y calumniosa, no podemos menos de manifestar á nuestros conciudadanos la injusticia de aquellos ataques y la pureza de nuestras opiniones y sentimientos. No pueden ser sino muy amigos del sistema cons-

titucional los que estudiando sus progresos en el mundo civilizado, anuncian sus triunfos, mucho antes que sucedan, y la influencia benéfica de sus victorias en la suerte de los pueblos. Si á esto se llega que nuestras doctrinas son liberales y sanas, libres de exageracion, libres de todo género de hipocresía, y que en cuanto á los hechos jamas hemos faltado á la verdad, se conocerá cuán gratuita es la crueldad, y cuán ratera la saña con que se nos ha perseguido. Se ha injuriado al *Censor*; se le ha acusado; se le ha condenado; pero todavía no se le ha hecho la honra de impugnarle. Solamente nos consuela el saber que los lectores imparciales y juiciosos, que son los únicos á quienes queremos agradar, conocerán facilmente que el patriotismo mas puro y las luces de la experiencia, adquiridas quizá en la carrera del infortunio, dictan todos los artículos del *Censor*.